



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

SOBRE UN PASAJE DE COBBETT

(Para la Nación)

SALAMANCA, marzo de 1917.

Hay una obra singular en esa riquísima literatura inglesa—la más rica de las literaturas todas—tan rica en obras singulares. Porque la literatura inglesa es, sin duda, la menos monótona, la que mayor variedad de tonos y acentos nos ofrece y sobre toda aquella en que encontramos más hombres que han escrito y menos literatos de profesión. Pues lo que hace sin duda la superioridad de la literatura inglesa sobre las demás literaturas europeas, es que ha sido más que las otras una literatura de aficionados y no de profesionales. Hay en ella menos de esos que piensan o sienten para escribir y más de los que han escrito porque pensaron o sintieron.

La obra a que me refiero no es de las más conocidas ni de las más celebradas fuera de Inglaterra, y creo que ni en ella misma. Yo que he leído bastante de historia y crítica de la literatura inglesa no vi citado a su autor hasta que en los «Recuerdos de Shelley, Byron y el autor», de Eduardo Juan Trelawny, lo vi mencionado como uno que con Walter Scott gozaba de la mayor popularidad en un tiempo. El autor es Guillermo—o sea William—Cobbett y la obra se llama «Excursiones rurales a caballo por los condados de... etc., etc.» En inglés: «Rural rides». El título es muy largo, pues enumeraba los veintisiete condados que recorrió el autor en los años de 1821 a 1830 y luego en 1832, y añade que «con observaciones económicas y políticas relativas a materias aplicables al estado de esos condados e ilustrados por él».

Los relatos de sus excursiones aparecieron primero en una revista o periódico que él publicaba y luego los reeditó, con notas, en 1853, James Paul Cobbett.

Guillermo Cobbett no figura en el «Manual de literatura inglesa» del profesor Jorge Lillie Crank, publicado por primera vez en 1862, y que figura, a modo de guía, en la conocidísima colección de la «Every man's Library», editada por Ernesto Rhys. Y en esta misma colección es donde se ha republicado recientemente el libro de Cobbett, y de ella es el ejemplar en que lo estoy leyendo. Sin duda Crank no consideró a Cobbett como un literato, es decir, como un escritor profesional, y por eso no le dio entrada en su manual de historia de la literatura inglesa. Y ciertamente Cobbett no fue un literato, sino algo que para la literatura vale más y es un luchador con la

pluma que armó encrespadas batallas de palabras con aquellos a que perseguía y aquellos otros que se le antojaban adversarios.

Podría aquí traducir, si no toda ella, mucha parte de la introducción que a esta reedición de las «Excursiones caballerías rurales» de Cobbett ha puesto Mr. Eduardo Thomas, pero como el original inglés es de tan fácil acceso me limitaré a poner aquí, traducido, lo que respecto a la composición en prosa aconsejaba nuestro Cobbett a su sobrino. Le decía:

«El orden de la materia ha de ser, en casi todos los casos, el de tus pensamientos. Siéntate a escribir lo que hayas pensado y no a pensar lo que hayas de escribir. Emplea las primeras palabras que se te ocurran y jamás intentes alterar un pensamiento; porque aquello que se te haya venido por sí mismo a las mentes es probable que pase a las de otro más fácilmente y con más efecto que cualquier cosa que puedas, por reflexión, inventar.

«Nunca te detengas a andar escogiendo palabras. Pon tus pensamientos en palabras, según se te presenten. Sigue el orden que tus pensamientos te indiquen y él te empujará a depositarlos en el papel tan rápida y tan claramente como sea posible.

«Los pensamientos nos vienen más de prisa que lo que podemos emplear en escribirlos. Se producen unos a otros, y ese orden de su venida es en casi todos los casos el mejor orden que pueden hallar en el papel, pero si tienes varios en el espíritu, levantándose unos sobre otros en fuerza, el más poderoso será el último que naturalmente llegará al papel.»

Y Mr. Thomas, el autor de la «Introducción», después de citar estas palabras de Cobbett, añade que éste murió cuatro años antes de que naciera aquel estilista que aconsejó a los escritores que se tomaran tiempo para escribir el inglés como una lengua aprendida o erudita—«a learned language»—y fue Walter Pater.

Walter Pater es lo que se llama por antonomasia un estilista y, para mi gusto, un escritor sin verdadero estilo, como no llamemos tal a un artificio no a la larga, sino a la corta, insoportable. Y no necesito decir hasta qué punto me parecen sanos los consejos que Guillermo Cobbett daba a su sobrino. Mucho más sanos que los de Walter—y, si queremos traducir este nombre, Gutierre y no Gualterio, pues Gutierre es la equivalencia castiza castellana de Walter—Pater daba.

Aunque confieso que la obra de Cobbett es para leída muy de seguido algo monótona, pues que repite sus inyectivas y se detiene en dar noticias agrícolas muy especiales, abunda en pasajes deliciosos, de una viveza y de una ingeniosidad rústicas admirables. Es un hombre, todo un hombre, y





no un literato el que habla. Y el lector se encariña pronto con aquel luchador que arremete contra el «Boeco», «Wenz», que es como llama a Londres, contra los agiotistas y la «Cosa» y que atribuye al papel moneda los más de los males económicos de la gente del campo. Compadecce a esta gente y siente al verla extenuada lo que es el hambre, sobre todo cuando los ve antes de haberse él desayunado, según nos lo dice.

Los pasajes que hemos ido señalando en su obra para aprovecharlos algún día o comentarlos o servirnos de ellos de cualquier modo, son muchos. Por hoy queremos citar aquí uno en el que se refiere a la caza. Y dice:

«La gran ocupación de la vida en el campo pertenece, de un modo o de otro, a la caza y especialmente en este tiempo del año (fines de octubre). Si no fuera por la caza, la vida de campo sería como una eterna luna de miel, que acabaría con la raza humana en cosa de medio siglo. En las ciudades o en los pueblos grandes la gente se las arregla para hallar medios de rascarse la herrumbre los unos a los otros por una gran variedad de fuentes de disputa. Un par de mujeres que se encuentren en la calle y se dirijan una a otra una mirada de reojo o una mirada no muy certés, podrán, si se les empuja a un campo de lucha, hacerlo bastante bien. Pero en el campo no hay desgraciadamente tal recurso. No hay entre las gentes paredes medianeras para que la transen unos con otros. Aquí están colocados de tal manera que se impide toda posibilidad de semejante feliz contacto local. Aquí hay más que sitio de toda clase para codos, piernas, caballos y carruajes de todos. Hasta «en la iglesia»—la más de la gente estando en los casinos—los bancos son sorprendentemente anchos. Aquí, por lo tanto, donde todas las circunstancias parecen calculadas para producir una incesante concordia con la pesadez que la acompaña, no habría alivio alguno si no fuese por la «caza».

He aquí unas reflexiones dignas de un luchador como Cobbett, de uno que no concebía una vida merecedora de ser vivida como no fuese con disensiones y luchas.

En primer lugar eso de que una eterna luna de miel colectiva, esto es una arcadía feliz, acabaría con la raza humana en cosa de medio siglo. Si en más o en menos no lo sé, pero sí que acabaría con ella. Los pueblos absolutamente pacíficos, los que lo sacrifican todo a no disputar ni dentro ni fuera, o más bien, los pueblos incapaces de disputar si no los domina primero y los absorbe luego otro, acaban por desaparecer. Si los jesuitas hubiesen podido llevar adelante su ensayo de una Arcadía feliz y sirva en las misiones del Paraguay, es lo más probable que se hubieran extinguido por falta de aliciente para la vida. Y

quiero recordar que esta doctrina, o una parecida, es la que sostiene el señor Lugones en su ensayo «El imperio jesuítico», donde hace notar cómo la esterilidad ataca a los pueblos degradados en la servidumbre de esa luna de miel, y cómo, así que les faltó la mano del amo, incapaces de gobernarse por sí, cayeron en la mayor abyección moral.

Pero el hombre tiene el instinto de la servidumbre y son muchos los que van a busca de un amo que los domine y sujete. Como que la esclavitud ha debido de proceder más que del afán de dominar de las almas tiránicas, del afán de ser dominadas por parte de las almas serviles o rebajas.

En las ciudades y en las grandes poblaciones, sin embargo, donde el pastoreo de las almas acaba por hacerse difícil y donde el hombre no está adscripto al terruño, la gente se las arregla, como dice Cobbett, para rascarse mutuamente la herrumbre buscando motivos de disputas y disensiones. Estamos hartos de repetir que la civilización es civil y nació en las ciudades; es urbana, y no rural. Y esta nuestra creencia se nos ha excitado estos días leyendo la notable e interesante novela de Carlos Reyles «El terruño», prologada por Rodó, y a la que hemos de dedicar un comentario pues bien lo merece. Y aunque sea, aplaudiendo la obra de arte, para disentir de su enseñanza, que es, por otra parte, ajena al propio fin artístico. Y éste lo ha cumplido con creces en nuestro espíritu.

Y no es que el campo, no es que la ruralidad no se revuelva y luche. Lucha contra la ciudad, contra la urbanidad. Lo malo es que apenas hay en él guerra civil o ésta es pobrísima. El campesino se siente sirvo. Basta ver lo difícil que es en todas partes llevar a él, al campo, el movimiento de reivindicación del proletariado. Para el campesino la forma de ser y de obrar de la propiedad es un fenómeno natural y fatal, como la sequía o el pedrisco, o la helada, contra el que no sirve querer revolverse.

¡Y qué falta hace que los hombres choquen entre sí de cuando en cuando siquiera para que se les caiga la herrumbre que les tapa las ventanas del alma y puedan recibir en ésta la luz del sol de la libertad interior y exterior! Y esos choques se logran más fácilmente donde hay paredes medianeras, eterno motivo de conflicto. Es la mayor ventaja de la vecindad ésta de que cualquier obra argentina que haya tomado por asunto sucesos o problemas menos locales.

Hay lo que podríamos llamar el ejército literario universal con sus graduaciones, formado por guerreros literarios o escritores de las diversas naciones, y en este ejército pueden entrar antes que aquellos a quienes en su país respectivo se les dió la más



alta graduación, aquellos otros que no ascendieron en ese su país tanto. Quiero decir que un escritor o un poeta a quien aquí, en España, se le gradúa por sufragio de lectores como coronel, puede entrar en ese ejército y no entrará en él tal otro a quien le dimos el fajín de capitán general. Nuestros cabecillas y guerrilleros no pueden acaso servir para la más sencilla campaña fuera de su patria. Y Zorrilla fué un cabecilla literario.

Y vuelvo a repetir—¡otra vez más!—que esto no se debe a que Zorrilla fuese muy español, muy nuestro, más español y más nuestro que esos otros más traducibles. No, no admitimos que Zorrilla fuese más español que Becquer o que Campoamor o que Querol o que Aguilera. Es que era más exclusivo, es decir, más vacuamente español. Sirve a maravilla a la pereza de nuestro patriotismo. Porque también éste, nuestro patriotismo, se hace perezoso. Es decir, no se esfuerza en robustecerse y ahondarse y adentrarse y ensancharse, concordando y consonando con los demás patriotismos.

Es indudable que hay en la obra de Zorrilla algo de positivo valor, y son las leyendas históricas, aquello de «Margarita la tornera» y «A buen juez, mejor testigo», y otras así en que pasa a las veces un aliento de nuestro romancero. Mas eso ocurre en él pocas veces y en composiciones no muy largas y su leyenda degenera pronto en algo escenográfico y sin intensidad ni profundidad histórico-legendaria. El poema «Granada» es sencillamente lamentable. Y lo legendario de Zorrilla es a menudo de esa leyenda artificial y convencional con que se nutre nuestro flaco y enteco tradicionalismo. Tradicionalismo de lu-

gares comunes de capa y espada, que nunca fueron verdadera tradición. Lugares comunes que son los mismos que tanto nos molestan cuando nos los devuelven traducidos del francés y en calidad de «pittoresque espagnol». ¿O es que el españolismo del «Hernani» de Victor Hugo, pongo por caso, no es en el fondo el mismo que el de Zorrilla? Y no más ni menos falso en aquél que en éste. Pues en ambos tiene, sin duda, un fondo de verdad. Sólo que no basta ese fondo. Y con la ventaja en Victor Hugo que a éste le sobraba lo que le escaseó a Zorrilla, y era imaginación histórica.

Claro está que debemos estimar y estudiar a Zorrilla y leerla—aunque por mi parte no me comprometo a volver a leer, porque, la verdad, me cansa por lo mismo que a no exigirme esfuerzo de comprensión estética (estética, ¿eh?) me da sueño—como debemos estimar y leer y estudiar a Góngora; pero hay que huir del zorrillismo más aun que del gongorismo. Un hombre no es un ruiseñor, ni debe serlo. Ni el canto del ruiseñor, por agradable que sea para quien a su arrullo echa una siesta en un soto, es música humana, histórica.

Nos llevaría muy lejos el desarrollar algo sobre la técnica métrica y rítmica de Zorrilla. Baste decir que no son los versos más cantables los mejores versos, ni aun para el oído. O recitar o más bien canturrear a Zorrilla mismo. Me resultaba insoprotable.

MIGUEL DE UNAMUNO.

